

PERCEPCIONES CAMBIANTES

Benjamin Weil

El recorrido diario de la misma calle nos vuelve poco a poco insensibles a nuestro propio entorno. Sin embargo, un día, sin motivo aparente, la mirada se posa en un detalle –la puerta de un edificio, el color de una pared o el escaparate de una tienda–, lo que desencadena una perspectiva totalmente novedosa de lo que hasta ese instante era totalmente familiar y, por tanto, había dejado de reclamar nuestra atención. ¿A qué se debe ese golpe de consciencia? ¿A la luz, a un olor o un ruido concretos, al abrigo llamativo de un viandante? Sea lo que fuere, no hace falta que sea algo claramente perceptible, al menos conscientemente. De pronto, nuestros sentidos despiertan y nos implicamos con el paisaje de la calle de forma totalmente diferente: todo continúa inalterado menos nuestra capacidad para recibir ese espectro de información. Un detalle nimio, casi imperceptible, ha disparado ese cambio perceptivo.

Marcel Duchamp inventaba hace ya más de un siglo el concepto de *ready-made* para describir el cambio cognitivo que tenía lugar al trasponer objetos ordinarios de la vida diaria, desde sus contextos cotidianos al marco del museo. Al despojar aquellos objetos de su función utilitaria, Duchamp sostenía que modificaba su estatus, invitando con ello al espectador a centrarse únicamente en sus cualidades formales. Al salir del museo, la visión que el visitante tenía del objeto sería, en consecuencia, otra. Duchamp introduce así la idea del arte como gesto, una práctica que no se limita ya a la producción de objetos. En línea con ello, acuña el término «inframince» –*infra-levé*– para describir la diferencia casi indescifrable entre lo que es arte y lo que es vida.

De ello se deduciría que el arte es la alteración inducida por el artista de la perspectiva que el visitante tiene de la realidad. Más que un campo basado en el dominio de una habilidad específica o en el uso de una técnica concreta, estaríamos hablando de un proceso consciente en el que, con medios diversos, se crean las condiciones necesarias para despertar los sentidos y dar lugar al cambio de perspectiva subsiguiente.

AMIGOS –el nuevo *show* de Martin Creed– se extiende desde los árboles que rodean el edificio hasta el espacio expositivo de la segunda planta. De camino podemos toparnos con una pieza de sonido en el ascensor, o con personal de atención al público o vigilantes de sala luciendo uniformes alterados por el propio Creed. Al acceder a la segunda planta veremos unas pinturas murales en el vestíbulo y en las propias salas, donde un grupo ambulante de cuatro músicos interpreta regularmente una partitura creada por el artista en el curso del taller que dirigió justo antes de abrir al público su proyecto.

En un primer momento, *AMIGOS* se nos antoja un término bastante genérico para titular una muestra; se trata de un vocablo universal que casi todo el mundo conoce y entiende y que sugiere el de una serie de televisión o un musical de Broadway, más próximo, quizás, a la cultura popular que a un proyecto artístico. Algo que apuntaría al interés de Creed en desacralizar la experiencia del arte y que cabría ver cómo tan inherente a la cultura contemporánea como a las formas antes mencionadas. Planteada, sin embargo, con mayor profundidad, la idea de amistad entraña un intercambio humano al servicio de un enriquecimiento recíproco, una relación que no se basa en ningún tipo de jerarquía o juicio. Desde esa óptica, podría resultar un paradigma interesante desde el que reflexionar sobre la experiencia del arte contemporáneo. Para muchos, acercarse a una obra artística contemporánea supone a menudo una experiencia desconcertante. La confianza es un valor que solemos asociar a la idea de amistad y que puede ayudarnos en nuestra aproximación a la obra de arte, que es tanto la criatura de un artista como una interfaz con la que compartir conocimiento y experiencia.

Parece pertinente utilizar aquí el término «show» y no el de «exposición» para describir el proyecto de Martin Creed. La idea de *show* abarca un amplio espectro de representaciones que incluye la exposición, pero también la obra de teatro, la ópera o el concierto. En ese sentido, si consideramos que el *show* de Creed incluye artistas vestidos de forma particular que actúan dentro de un decorado, no deja de resultar bastante apropiado hablar de representación teatral.

Mientras que algunas de las exposiciones de Creed adquieren la forma de performances escenificadas en vivo en las que el artista es el protagonista principal, muchas otras consisten en una combinación de acciones coreografiadas y objetos en el espacio y el tiempo. Y si la duración de sus performances en vivo es equivalente a la de un concierto, la de sus *shows* en «salas de exposiciones» tiende a prolongarse durante meses, como es habitual en las exposiciones de arte. Mientras la performance requiere que el público acuda y se vaya a horas determinadas, la actuación en sala es mucho más abierta, como suele ocurrir en cualquier muestra de arte. En consecuencia, un *show* que adopte el formato expositivo permite al espectador entablar relación con la obra dentro de su propio espacio temporal: el tiempo de su visita y la atención que le dedique determinará el tipo de experiencia que extraiga de ella. Por su parte, los elementos performativos reconfiguran su propia percepción del tiempo, el espacio y los objetos inertes, en este caso, un conjunto de pinturas murales. A su vez, los patrones geométricos pintados en las paredes tienden a condicionar la percepción personal que el visitante tiene del edificio, pero también de las vistas de la bahía desde los ventanales, y de la performance.

Es posible establecer una conexión formal del trabajo «expositivo» de Creed con el cabaré, un género basado en el entretenimiento de un público reunido para comer, beber y relacionarse. A diferencia del teatro, un cabaré es un lugar en el que los animadores entran y salen de escena en un horario independiente del de la audiencia. Ese *continuum* de acciones diversas es lo que conforma el *show*, se vea en su totalidad o no, y eso sería quizás lo que mejor definiría la combinación de propuestas artísticas que Creed reúne en un tiempo y espacio comunes.

A Martin Creed le interesa invitar a los visitantes a adentrarse en su obra, consciente de que debe hacerlo sin abrumarlos ni espantarles de ningún modo, un aspecto que conecta, una vez más, sus *shows* con el cabaré. La obra está ahí, abierta a que cualquiera de los presentes se relacione con ella, pero sin forzar en ningún momento esa relación. La mera presencia de la obra puede desencadenar un cambio perceptivo que lleve a quienes estén listos a convertirse en una suerte de *flâneurs*, a dejarse llevar y abrir sus sentidos para capturar –y disfrutar– plenamente la propuesta del artista. De regreso a nuestro lugar de residencia y nuestra existencia cotidiana, la exposición continuará afectando nuestra visión y nuestra consciencia, esa misma sensación que a veces nos asalta al salir de ver una película. Parafraseando a Oscar Wilde, la vida es una ficción que imita al arte.

Fundación Botín desea agradecer a Martin Creed esta nueva y extraordinaria exposición y reconocer las aportaciones de todos cuantos han contribuido a hacerla posible: Corinne Bannister, Vanessa Cotton, Robert Eagle, Tom Gillieron, Hugo Glendinning, Sebastian Lexer y Katharine Swailes. Agradecimiento que hacemos extensivo a Melissa Cano, Cristina del Campo, Juan Díaz-Faes, Manuel Diego, Laura Escallada, José Sanz Amparán y Natalie Shiner.